

## **Las ilusiones perdidas. Jerónimo de Mendieta y el ocaso de un proyecto evangelizador**

**Alfredo Cordiviola (UFPE)**

La *Historia eclesiástica indiana*, concluida hacia fines del siglo XVI por Jerónimo de Mendieta, es una obra fundamental para entender la conformación de la Nueva España a lo largo de ese primer siglo de la vida colonial. El ambicioso proyecto sirve a la vez de corolario y de panegírico de las primeras cinco décadas de evangelización franciscana en México. Mendieta había nacido un año después de la llegada de los doce primeros evangelizadores de la orden, y él mismo había desembarcado en 1554, en plena época de la disputa por el diezmo. En la última década de ese largo siglo decide llevar adelante su obra. Antes ya había escrito una relación sumaria y lineal de biografías de evangelizadores franciscanos en el Nuevo Mundo, pero ahora se trataba de una empresa mucho más vasta, que serviría no sólo para historiar el pasado, sino también para analizar la evolución del proyecto franciscano, las consecuencias que esa evolución había tenido para la consolidación de la Nueva España y los peligros que acechaban al reino en aquel final de siglo.

Ya en 1579, otro miembro de la orden, Diego de Valadés, había emprendido en su *Retórica cristiana* una tarea semejante, aunque mucho más modesta. Había recordado los comienzos con sus palabras y sus grabados, pero lo había hecho a partir de la perspectiva de un memorialista, de alguien que había vivido todo aquello y quería dejarlo consignado. Pero Mendieta va más allá. No había sido testigo de los primeros tiempos, no había participado ni de los coloquios ni de las dificultades iniciales, pero podía situar todos esos eventos en una perspectiva teleológica que le diera coherencia y justificara incluso el más anecdótico de los

hechos. Si Valadés es el memorialista que escribe en latín para los romanos, Mendieta es el historiador político que pretende llegar a la corte para demostrar que todo lo ocurrido en las Indias formaba parte de un proyecto divino y de consecuencias universales.

Walter Mignolo recuerda que, si buscáramos en el origen etimológico de la palabra “historia”, ésta alude a la tarea de alguien que, por no haber participado en los hechos que desea describir, está compelido a “formular preguntas urgentes a testigos presenciales” (MIGNOLO, 1986, p. 76). Mendieta, que conocería personalmente a muchos de los que habían actuado desde el comienzo de la evangelización, hace eso, y afirma en varias ocasiones que “yo soy cierto y buen testigo” para legitimar sus afirmaciones. Pero no se limita a los testimonios orales. Consulta también los archivos franciscanos que permanecen en los conventos de México y de *Tlatelolco*, analiza las imprescindibles obras manuscritas de Olmos, de Sahagún y de Motolinía, y revisa pacientemente todo lo que ha sido publicado que está a su alcance: las cartas de Cortés, las profusas obras de Oviedo y de Pietro Mártire, los textos de Colón y de Las Casas, además de los incontables documentos que provienen del orden eclesiástico y de la corte. Como señala Solano y Pérez Lila en su estudio preliminar, al escribir, Mendieta oscila entre los ejemplos edificantes y la sucesión de providencialismos característicos de la prosa histórica medieval, y la vocación humanista que lo lleva a utilizar la experiencia como punto de apoyo y valor de verdad. Ambos enfoques, y todas esas fuentes, convergen hacia un objetivo principal: ensalzar las virtudes que habían imperado en los primeros tiempos de la evangelización, transformar ese período en modelo a seguir, y también en antídoto contra la situación entonces vigente.

Para Mendieta, cada uno de los doce primeros había sido un mesías, y Cortés un Moisés inspirado por el Espíritu Santo, que libera a los indígenas del cautiverio de las idolatrías y convoca a los frailes para darles la espectacular

bienvenida que tanto impresionaría a los *nahuas*. Los franciscanos, ascéticos y disciplinados, han venido para fundar el reino universal, y son los verdaderos responsables de que la conquista no se haya diluido en intrigas y confrontaciones, como en las sangrientas guerras del Perú. Los cuarenta años que se iniciaban en 1524 serían entonces la edad de oro de la iglesia indiana, que concluirían el año de la muerte del virrey Velasco. Los tiempos siguientes, por el contrario, serían calamitosos:

comenzó a caer de su estado el tiempo dorado y flor de la Nueva España, y a derrumbarse la cerca o albarrada, que juntamente con haber proveído tan fieles guardas como las que se han nombrado, levantó y edificó el invictísimo y felicísimo Emperador Carlos V para defensa, amparo y guarda de esta viña del Señor, con las santísimas leyes, cédulas y mandatos que para este fin ordenó, sabiendo cuán rodeada tenían esta viña multitud de fieras y animalias de rapiña con demasiada ansia de aprovecharse de ella y devastalla y destruilla, como de otras poco antes habían hecho (MENDIETA, 1973, p. 222-223).

Ese año (1564) marca además la llegada del “ídolo Mammon”, representado por el visitador Jerónimo de Valderrama. Sus disposiciones llevarían a imponer, en los años inmediatamente siguientes, una nueva forma de tributación, medidas que fueron duramente cuestionadas, con motines y protestas, en la ciudad de México, tanto por los indígenas (una vez más, los principales perjudicados) como por los franciscanos. Para Mendieta, se estaba de esta forma ante un punto de inflexión, que inauguraba las tres nefastas décadas que llegaban hasta 1596, cuando escribe los capítulos más pesimistas de su *Historia*. Esas décadas estaban marcadas por toda clase de infortunios (que, en realidad, venían ya de la época de Carlos V, contrariamente a la periodización idealizada que el autor propone): pestes, rivalidades, pérdida de autonomía, disenso, codicia, explotación. La iglesia indiana en su edad de esplendor había revivido la epopeya de los tiempos anteriores a Constantino, cuando millones descubrían la fe y se convertían; era la iglesia apostólica primitiva corporizada de nuevo en las Indias, cuando las órdenes mendicantes tenían el control de las almas de los recién llegados al reino. Pero las resoluciones del episcopado y de la Corona

venían acabando con ese tutelaje. La ciudad terrena avanzaba cada vez sobre la ciudad celestial. Así, durante el gobierno de Felipe II, los mendicantes habían perdido terreno, los indios se hispanizaban, los repartimientos habían sustituido legalmente a las encomiendas, pero eran igualmente injustos y abusivos, los tributos continuaban, y las epidemias diezaban repetidamente a los indígenas.

Todas estas grandes calamidades eran para Mendieta un anuncio del apocalipsis que se aproximaba. 1596 fue un año terrible para la Nueva España; malas cosechas y epidemias habían provocado una drástica crisis demográfica que parecía amenazar la continuidad misma del reino. El fin de los tiempos estaba llegando, a menos que la situación se revirtiera, y se volviese a la Edad de Oro anterior. Para ello había que levantar nuevamente “la cerca o albarrada” que había separado a los indígenas de los españoles, y que había garantizado la autonomía franciscana. En ese caso, todavía podría ser erigido el paraíso terrenal que los franciscanos habían venido a fundar en las Indias. Tal vez fuera tarde para Felipe II, y para el propio Mendieta, pero en breve asumiría un nuevo sucesor al trono, que quizás pudiera darle oídos a sus prédicas. Aunque en ese momento, en el desolado panorama del fin de siglo, esa posibilidad se parecía más una ensoñación, como si fuera otra isla, las otras siete ciudades que habían sido anunciadas por San Juan en el *Apocalipsis* y buscadas en vano durante el reinado de Carlos V,

aquella isla, que algunos dicen encantada, y los antiguos llamaron Antilha, que cae no muy lejos de la isla de la Madera, y que en nuestros tiempos la han visto algo lejos, y en llegando cerca de ella se desaparece, donde teniendo gran abundancia de todas las cosas temporales, se ocupan lo más del tiempo en hacer procesiones y alabar a Dios con himnos y cánticos espirituales. Dicen que hay en ella siete ciudades, y en cada una de las seis un obispo y en la más principal un arzobispo. [...] Igual fuera pedir a Nuestro Señor que a todos los indios los pusiera encubiertos, repartidos por islas de aquella misma forma y concierto, pues ellos vivieron quietos y pacíficos en servicio de Dios, como en paraíso terrenal, y al cabo de la vida se fueran al cielo, y se evitaran las ocasiones por donde muchos de los nuestros por su causa se van al infierno (MENDIETA, 1973, p. 103-104).

Esa es la fantasía cristiana que evoca la *Historia eclesiástica indiana*. La fantasía de un místico, que en sus visiones sueña con ese teocrático reino, esa isla que “la han visto lejos y en llegando cerca de ella se desaparece”.

Y es en este aspecto donde adquieren peculiar significación las ilustraciones que acompañan al texto. En su *Historia*, Mendieta copia e incluye al comienzo de sus libros cuatro de los grabados de Valadés. Así, en el libro primero, la imagen muestra un fraile sobre un púlpito explicando ante una masa de atentos indígenas las etapas del Vía Crucis. En el libro segundo, una frase en latín (“Tipos de sacrificio que en los templos de los Demonios ferozmente hacían los indios”) y una cita del Deuteronomio (“Sacrificaban para los Demonios y no para Dios, a dioses que ignoraban”) comentan una escena de la vida cotidiana en la ciudad prehispánica. Esta estampa ofrece un esbozo de la historia natural y moral de los indígenas antes de la llegada de los españoles; las condenatorias frases que la enmarcan presentan verbos en pasado, evidenciando la práctica de cultos demoníacos que la evangelización habría desterrado. Pero sin duda el más importante de todos los grabados que componen la serie es el que abre el libro III, titulado “En que se cuenta como fue introducida y planteada la fe de Nuestro Señor Jesucristo entre los indios de la Nueva España”.

Se trata de una copia del grabado publicado en la *Retórica cristiana*. Mucho se ha enfatizado la pobreza de esa copia en relación al original. Sin duda, Mendieta carecía de las apuradas dotes artísticas de Valadés. Pero podemos ver ese grabado no sólo como versión menor y tosca de un modelo mejor acabado, sino también como recreación, como una forma de decir otras cosas a partir de un mismo “texto”. Un poco como la historia que cuenta Borges de Pierre Menard, el imaginario simbolista francés que se lanza a escribir el Quijote. No una versión, ni una adaptación, mucho menos una continuación de la obra de Cervantes, sino el mismo Quijote, palabra por palabra y trazo por trazo. En ese proyecto Borges no ve sólo una desvariada tentativa de plagio,

sino que también percibe cómo esos textos dialogan de forma diferente con sus respectivas épocas, y en definitiva acaban diciendo cosas diferentes, aunque digan exactamente lo mismo. Algo así podemos ver en este grabado. En 1579, en Italia, en una obra escrita en latín, el grabado de Valadés aspiraba a ser, a pesar de su evidente ordenamiento alegórico y de sus claras alusiones políticas, una representación “realista” del teatro de operaciones franciscano en las Indias, una evidencia de lo que había sido en una época ya distante, cuando los niños aprendían todas las cosas con el padre Gante. Es la visión del adulto que rememora sus tiempos de infancia, que eran también los tiempos de la infancia de la iglesia en el Nuevo Mundo. Es el sueño armonioso de una *restitutio*, como recuerda Báez Rubí: la restauración de un tiempo mejor, “de una nueva sociedad cristiana armónica en tiempos bélicos” (BAEZ RUBI, 2005, p. 214).

Dos décadas después, en el marco de la *Historia*, en el México sitiado por catástrofes y pecados, esa imagen adquiere otros significados. Animada también por una percepción nostálgica del pasado idealizado, para el apocalíptico Mendieta la imagen refleja mucho más que un cuadro de costumbres de la vida cotidiana de los evangelizadores primeros. Mendieta actúa no sólo como memorialista, sino como historiador del mundo y como profeta. En el grabado ve la restitución de un tiempo que fue, pero fundamentalmente la representación misma de la Edad de Oro, la imagen viva del paraíso terrenal simbolizada por el monasterio-isla, donde los indígenas viven “quietos y pacíficos en servicio de Dios”. Si en ese grabado persiste sin duda el elemento descriptivo, que exhibe los detalles de la labor pedagógica y del espacio en que se realizaba, ese elemento permanece en segundo plano cuando comparado con las significaciones místicas que se multiplican y se potencializan al contacto con el texto en el que la imagen se incluye. En la época de Mendieta, el atrio ya no ejercía el papel fundamental, evidenciado por Valadés en su grabado, que había cumplido en las primeras décadas: las iglesias eran mayores, el número de fieles menos numeroso, y

por lo tanto las capillas abiertas estaban dejando de ser construidas. Como recuerda Kubler, “en los cincuenta años que transcurrieron entre Motolinia a Mendieta, la capilla abierta floreció y vio su fin como lugar para albergar a las grandes congregaciones” (KUBLER, 1983, p. 369). Es por eso que la lectura alegórica es en este caso mucho más imperativa. Poco importa si artísticamente es menos logrado que el de Valadés, si la firma del autor fue ocultada o si corre el riesgo de ser visto como tosco simulacro. Dentro de la *Historia*, el grabado muestra muchas otras cosas, como el Quijote de Menard, con sus deliberados anacronismos, se las mostraría al incrédulo lector francés de comienzos del siglo XX.

En el grabado, Mendieta revisa un ciclo histórico, condensa sus deseos y sus temores, expresa su visión de la historia humana tal cual debía ser y no era, tal cual había sido algún día en las Indias, y quizás pudiera volver a ser, si la prudencia y la iluminación de los encargados de ello así quisieran o así pudieran hacerlo. Las Indias son para él el último teatro posible para la redención de la humanidad, el último lugar donde podría ser construido el reino de los humildes, el mundo perfecto de la parusía. Pero las visiones de Mendieta fueron ignoradas, sus pedidos no fueron escuchados, sus advertencias no fueron atendidas, ni podrían haberlo sido en el siglo que entonces se iniciaba, el siglo desencantado en que España iría perdiendo la hegemonía que alguna vez tuvo. Aprovechada en gran parte en la *Monarquía indiana*, publicada por Torquemada en 1615 (otro caso en que la literalidad de la palabra se resignifica y lo mismo se transforma en otro a partir del contexto en que aparece), la *Historia eclesiástica indiana* recién sería salvada del olvido en 1870, por García Icazbalceta. Soñando con monasterios que fuesen del tamaño de islas, y del tamaño de provincias y también del mundo, donde pudiesen caber todos los indígenas rescatados de la idolatría, protegidos en sociedades providenciales y ascéticas, Mendieta señala el melancólico fin y cierra a la vez un proyecto. Para el voluntarioso historiador, a lo largo de ocho décadas, la posibilidad de fundar en la Nueva España

un nuevo mundo había inspirado todas las acciones de los franciscanos. Ese había sido el designio, la meta, el vaticinio largamente esperado. En los albores del siglo XVII, las páginas de la *Historia*, sin embargo, parecen anunciar que esa había sido la última oportunidad histórica; una oportunidad concedida a todos los hombres, y, quizás, para siempre desperdiciada.

## Referencias

BÁEZ RUBÍ, Linda. *Mnemosine novohispánica. Retórica e imágenes en el siglo XVI*. México DF: UNAM/ Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005.

BAUDOT, Georges. *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid: Espasa Calpe, 1983.

\_\_\_\_\_. *La vida cotidiana en la América española en tiempos de Felipe II*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1993.

KUBLER, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México: FCE, 1983.

MENDIETA, Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana*. Madrid: BAE, 1973.

MIGNOLO, Walter. Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. In: IÑIGO MADRIGAL, Luis (Org.). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 1986. p. 57-116.

PHELAN, John. *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. México DF: UNAM, 1972.



RICARD, Robert. *La conquista espiritual de México*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1985.

VALADÉS, Diego de. *Retórica cristiana*. México DF: FCE, 2003.

ZABALA, Sílvio. *La encomienda indiana*. Madrid: Centro de Estudios históricos, 1935.